

DON TULIO FEBRES CORDERO: EL ARTE DE CONVERSAR

Alexandra Álvarez
y
Suhail Avendaño Bolívar
Universidad de Los Andes

RESUMEN

A finales del siglo XIX, en Mérida (Venezuela), Tulio Febres Cordero logra hacer una labor de planificación ideológica y divulgación en el terreno de la lengua, en su periódico *El Lápiz*, donde escribe en aras del cultivo del lenguaje y de las costumbres. En este trabajo, analizamos con un método cualitativo cuatro artículos tomados de esa publicación: “Caprichos del lenguaje”, “Enemigos de la conversación”, “No hallar el término” y “Conversación”, en los cuales el escritor se ocupa de la conversación como ritual cotidiano: define las normas de estilo de la conversación, la construcción de la *imagen* del hablante, y también indica, intuitiva y prematuramente, lo que constituye la característica fundamental de este ritual: la fugacidad de los temas.

Palabras clave: Análisis del discurso, prensa, teoría de la cortesía.

ABSTRACT

TULIO FEBRES CORDERO AND THE ART OF CONVERSATION

Towards the end of the nineteenth century, Tulio Febres Cordero, in Mérida (Venezuela), accomplishes a task concerning language planning and ideological dissemination. In his newspaper, *El Lápiz* ‘The Pencil’, he attempts to cultivate both language and social habits. This paper analyses four press articles –“Caprices of language”, “The enemies of conversation”, “Not finding the word” and “Conversation”– all of them concerned with conversation as an everyday ritual. The writer defines the norms in conversational style and *face* construction, but also indicates, intuitively and prematurely, what constitutes the essence of this ritual, namely the fugacity of themes. For the analysis, we followed qualitative methodology.

Keywords: discourse analysis, press, politeness theory.

RÉSUMÉ

Tulio Febres Cordero accomplit à Mérida (Vénézuéla), vers la fin du dix-neuvième siècle, un travail concernant la planification linguistique et la diffusion idéologique. Dans son journal, *El Lápiz* 'Le Crayon', il cherche de cultiver le langage ainsi que les moeurs sociales. Cette étude analyse quatre articles de presse – "Caprices du langage", "Les ennemis de la conversation", "Ne pas trouver le mot" et "Conversation" – tous concernant la conversation comme un rituel quotidien. L'écrivain norme le style conversationnel et la construction de *l'image*, mais il indique aussi, intuitive et prématurément, ce qui constitue l'essence de ce rituel, la fugacité des thèmes. Pour l'analyse, nous avons suivi une méthodologie qualitative.

Mots-clé: Analyse du discours, presse, théorie de la politesse.

RESUMO

DON TULIO FEBRES CORDERO: A ARTE DE CONVERSAR

No final do século XIX, em Mérida (Venezuela), Tulio Febres Cordero consegue fazer um trabalho de planificação ideológica e divulgação no terreno da língua, no seu jornal *El Lápiz*, onde escreve com o intuito de cultivar a linguagem e dos costumes. Neste trabalho, analisamos com um método qualitativo quatro artigos tomados dessa publicação: "Caprichos da linguagem", "Inimigos da conversação", "Não encontrar o término" e "Conversação", nos quais o escritor se ocupa da conversação como ritual quotidiano: define as normas de estilo da conversação, a construção da *imagem* do falante, e também indica, intuitiva e prematuramente, o que constitui a característica fundamental deste ritual: a fugacidade dos temas.

Palavras chave: Análise do discurso, imprensa, teoria da cortesia.

1. INTRODUCCIÓN

A finales del siglo XIX, en la ciudad de Mérida, el periódico *El Lápiz* dirigido por Tulio Febres Cordero, cumple una función de información y promueve además el cultivo del lenguaje, el uso adecuado de la lengua por los usuarios, lo cual refleja la importancia que el autor le concede a la prensa como medio divulgativo y de difusión de la norma lingüística. En otras palabras, el periódico se presenta en la ciudad como un instrumento de planificación cuya función es garantizar el uso correcto la lengua, el cuidado y preservación de la norma.

Febres Cordero se preocupa por el desarraigo cultural en que puede caer el país después de la independencia de España, por ello propone crear una cultura nacional que neutralice la extranjera. En esta propuesta de venezolanización, se aprecia la idea de que no se puede ser libre completamente si no se tiene una cultura propia. La ruptura política entre España y sus antiguas colonias en América marca el pensamiento y conducta de los hispanoamericanos. El autor reconoce las condiciones privilegiadas que tiene el país para emprender una nueva orientación nacionalista, basada, paradójicamente, en sus rasgos cosmopolitas, en la cultura universal, de los cuales se apropia el intelectual venezolano con fines libertarios. Para Febres Cordero es fundamental conformar un sistema de valores y tradiciones que plasme la identidad nacional, sin recurrir jamás a las culturas extranjeras, pues el escritor pretende formar una cultura original a partir de los elementos regionales; una cultura única, con un genio propio e inconfundible.

El editor, a pesar de no rechazar lo establecido por la Real Academia Española, sigue el principio propuesto por Bello en su *Gramática* (1847), al considerar que la norma lingüística proviene también del uso de la lengua por parte de la gente educada. Es por ello que Febres Cordero, en esta labor de planificación, también se ocupa tempranamente de la pragmática y trata de incidir en un género que podría considerarse universal, la conversación (o coloquio), pues se da en todas las culturas aunque con características diferentes. Desde el interés propio de los analistas del discurso, nos interesa conocer lo que opina el intelectual sobre este ritual cotidiano. A través de sus textos, el autor muestra la conciencia que tiene sobre cómo el discurso puede influir sobre la sociedad y cómo, a través de la conversación, puede ejercerse una función civilizadora.

2. METODOLOGÍA

En este artículo, analizamos cuatro artículos de prensa y revisamos las características que le adjudica Febres Cordero a la conversación como tipo de texto, las normas que le impone y su relación con la construcción de la *imagen* del hablante.

Se empleó una metodología cualitativa. De un corpus comprendido por todos los artículos del diario *El Lápiz* se separaron aquellos en los que el autor se refiere al lenguaje, entre los cuales elegimos cuatro: “No hallar el término” (1887), “Exageración” (1887), “Enemigos de la conversación” (1889), y “Caprichos del lenguaje” (1890). Después de clasificar los temas tratados en cada uno de los artículos, seleccionamos aquellos cuyas observaciones se referían a la conversación, al estilo, al tipo de texto y a la cortesía.

En el análisis seguimos de cerca los conceptos de Goffman (1967), para quien la *imagen* es un guión discursivo que tejen los hablantes recíprocamente. Goffman considera dos tipos de estrategias, la positiva, en la que los hablantes buscan enaltecer su propia imagen y la del otro; y la negativa, en la que los hablantes defienden el territorio de cada uno. De ahí que Brown y Levinson (1987) en su conocido tratado sobre cortesía –cuyas bases teóricas alimentan este trabajo– hayan distinguido, en este mismo sentido, la cortesía positiva de la negativa. Esta última implica la necesidad de construir la imagen del otro en desmedro de la propia.

Asimismo, hemos revisado lo que sobre conversación dicen los especialistas del análisis del discurso, en especial Beinhauer (1991), Briz (1998) y Tusón Valls (1997); hemos así podido constatar que el escritor merideño comprendía a cabalidad las características de este género cotidiano.

3. LA CONVERSACIÓN EN EL ÁMBITO FAMILIAR

Podemos definir la conversación, de una forma muy general, como lo hace Criado de Val (1980, p. 217), como “la suma elemental de dos o más interlocuciones con significado complementario”. Por su parte, Tusón Valls, la caracteriza de la siguiente manera:

Vemos, pues, que una de las características fundamentales de la conversación espontánea es su “indeterminación”. Ni el tema, ni el número de participantes, ni la distribución de los turnos de palabra, ni la duración de cada turno o de la

misma conversación en su conjunto se especifican previamente. Es, por lo tanto, un tipo de interacción muy flexible, en la que se pueden producir cambios de tema, de tono, de número de participantes, etc. Sin embargo, los mismos autores [Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974] señalan también, en esta lista de rasgos, el aspecto organizado y sistemático de las conversaciones espontáneas, porque lo que resulta altamente interesante es que, a partir de unas coordenadas indefinidas y cambiantes, que podrían producir simplemente *caos*, existen técnicas para la distribución de los turnos, apenas se producen solapamientos y, cuando aparece un problema, los hablantes despliegan mecanismos para su reparación. (1997, p. 69)

La conversación se manifiesta, por lo tanto, como una creación conjunta del texto entre dos o más interlocutores. En ella no están predeterminados ni el número de participantes ni lo más importante de la conversación, esto es, la cesión y duración de los turnos, que Tusón Valls llama el *edificio* de la conversación (p. 54). Sin embargo, la conversación se caracteriza también por su organización y sistematización, de manera que lo que parece un hablar desordenado es, más bien, una forma de interacción para la cual los hablantes necesitan de un entrenamiento que adquieren en la práctica social.

Febres Cordero reconoce las diferencias entre la oralidad y la escritura y afirma que, aunque la literatura haga uso de la conversación para conferir actualidad e inmediatez a la narración, hay grandes diferencias entre estas conversaciones descritas por un escritor y la conversación cotidiana. En tal sentido, Don Tulio Febres Cordero considera que la literatura no da cuenta cabal de las características del lenguaje empleadas en el ambiente familiar, ni siquiera en los artículos sobre las costumbres:

Dígase lo que se quiera, la conversación familiar difiere mucho, muchísimo –en cuanto al lenguaje, se entiende– de lo que por tal vemos escrito ordinariamente, por más que al escribir se quiera dar un buen trasunto de ella, aun tratándose del género de escritos conocido con el nombre de *artículos de costumbres*. (“Caprichos del lenguaje”, 1890)

Un contemporáneo de Febres Cordero, Manuel Carreño ([1884] 2001), describe la conversación tomando en cuenta tanto los diferentes niveles de la lengua, como el aspecto discursivo, ocupándose de la cohesión y la coherencia. Para este intelectual, la conversación “es el alma y el alimento de toda sociedad”, pero también “puede conducirnos a cada paso a situaciones difíciles y deslucidas” (p. 95), porque no es suficiente la intención de comunicarse sino

que hay una manera especial de hacerlo para cuidar nuestra *imagen*. Carreño concede una importancia enorme a la conversación en este sentido:

Nada hay que revele más claramente la educación de una persona, que su conversación: el tono y las inflexiones de la voz, la manera de pronunciar, la elección de los términos, el juego de la fisonomía, los movimientos del cuerpo, y todas las demás circunstancias físicas y morales que acompañan la enunciación de las ideas, dan a conocer, desde luego, el grado de cultura y delicadeza de cada cual, desde la persona más vulgar hasta aquella que posee las más finas y elegantes maneras. ([1884] 2001, p. 95)

Para Carreño ([1884] 2001), las características deseables en la conversación son las que también son deseables en general para la conducta en sociedad: benevolencia, afabilidad y dulzura (p. 96). Como medio de información debe también evadirse todo lo conflictivo, de modo que no debe perderse la tranquilidad del ánimo, ni debe entrarse en discusiones de ningún tipo (p. 97). Los temas deben ser comunes, al alcance de todos y del interés de todos. No debe hablarse ni de la vida privada de cada quien, ni de sus conflictos; la historia, la literatura, el arte así como los asuntos del momento son los más apropiados (p. 100). De esto se desprende que la comunicación es del grupo reunido socialmente como un cuerpo común.

Febres Cordero a lo largo de sus escritos y siguiendo el mismo espíritu de las ideas de Carreño, describe las características de la conversación y expone los puntos que, según su criterio, deben considerarse al conversar:

1. Pensar bien lo que se va a decir (de esto depende la conversación).
2. Hacer pausas en la conversación.
3. Evitar gestos bruscos y excesivos.
4. No utilizar gestos para quitarle la palabra al que la tiene.
5. No disgregar (y en tal caso hacer uso de frases como “aunque es diferente”, “a propósito de esto”, etc.).
6. Evitar las muletillas o frases muy repetidas.
7. Ser considerado y educado. (“Enemigos de la conversación”, 1889)

Como puede verse, son criterios de distinta índole que podríamos agrupar como relativos al estilo (1, 2, 6), al tipo de texto (5), y a la cortesía (3, 4, 7). En función del análisis, en este trabajo seguiremos el mismo orden de agrupación, y consideraremos, en primer lugar, los criterios relativos al estilo, para luego ocuparnos de otros relacionados con la conversación como tipo de texto y, finalmente, de aquellos marcados por su relación con aspectos de la cortesía.

4. OBSERVACIONES RELATIVAS AL ESTILO

Los individuos no hablan siempre de la misma manera. Las formas de hablar dependen, como sabemos, de las distintas situaciones de comunicación en las que se encuentran los hablantes. De ellas se derivan los estilos formales, los que el individuo emplea cuando pone atención al uso de la lengua; y los informales, que el hablante utiliza cuando no presta cuidado a las normas de corrección. En español, al hablar de lenguaje coloquial, nos referimos generalmente al lenguaje informal, empleo errado de la expresión, pues se da a entender, de esta manera, que todo coloquio es informal. Se confunde entonces un tipo de texto, *el coloquio o conversación*, con un estilo: *el informal o coloquial*. Precisemos entonces que el estilo de la conversación puede ser formal o informal, tal y como lo define Beinhauer en el texto que se cita a continuación:

El habla tal como brota, natural y espontáneamente en la conversación diaria, se diferencia de las manifestaciones lingüísticas conscientemente formuladas, y por tanto más cerebrales, de oradores, predicadores, abogados, conferenciantes, etc., o las artísticamente moldeadas y engalanadas de escritores, periodistas o poetas. (1991, p. 9)

Los planteamientos de Febres Cordero en torno al aspecto formal o informal del lenguaje parecen guiarse por los procedimientos de la retórica clásica. El autor, cuando reflexiona sobre el tema de la conversación, habla de la invención, la disposición, la elocución y la pronunciación, Invita a considerar la cohesión y coherencia del texto y la manera como este ha de ponerse en palabras y, finalmente, a “empaquetar” la información a través de la prosodia. Así, a pesar de ser la conversación un género que él considera informal, como veremos luego, el escritor recomienda planificar lo que se va a decir y organizar el hilo discursivo por medio de pausas; en otras palabras, toma en cuenta la invención.

Febres Cordero, al referirse al mensaje, registra *el uso del solecismo*, considerado como un error contra las normas de un idioma. El autor pone en evidencia el uso laxo de la lengua y registra casos como los siguientes: *cayetano por callado, ladrillo por ladrón, Robinson por robo, Paganini al que paga*, expresiones en las que el cambio de término tiene un carácter lúdico intencional.¹ Como bien señala Febres, “en grave aprieto se vería quien tratase

¹ “No tomamos aquí en cuenta los provincialismos, propiamente dichos, sino el uso general y caprichoso, que á sabiendas se hace, de multitud de voces empleadas fuera de su significación, sin más razón que cierta semejanza con los vocablos propios, que no se

de tomar por lo serio y verdadero cuanta palabra sacamos á plaza en un solo rato de conversación familiar” (“Caprichos del lenguaje”, 1890).

Otro delito de la conversación es el *olvido*. Por ser el lenguaje coloquial menos controlado que el lenguaje formal, podría tolerarse el olvido de una palabra, lo cual de hecho puede tener causas neurológicas. Sin embargo, Febres los censura jocosamente:²

No se trata de ignorancia ó completo olvido de la palabra; no, pues parece real y efectivamente que el perdido vocablo está atollado de la garganta a los labios. Es un obstáculo en el tránsito, nada más.” (“No hallar el término”, 1887)

pronuncian, pero que se dan a entender, valiéndose para ello de voces que tengan la raíz [*sic*] igual ó semejante á las que se omite en la conversaciones.

Algunos ejemplos nos excusarán entrar en más explicaciones. Óigase este diálogo cogido al vuelo:

-¿Y que te contestó?

-Nada.

-¿Cómo nada?

-Le dije cuatro frases y se quedó *Cayetano*.

Vaya tomando nota el lector ¡Cayetano por callado. [...]

¿Llaman al ladrón, *ladrillo*; al robo, *Robinson*; á los objetos quitados, *Quiteños*; á las piedras, *Petronilas*; y al que paga, *pagano* ó *Paganini*!

Por celos dicen *celosías*; por patas, *patricias* y *parroquias*; por trancado [ebrio], *tranquilo*; por claro, *clarinete*; por hambre; *Ambrosi*; y por gordo, *Godofredo*.

-¿Cuánto te costó ese sombrero?

-Cinco *pesares*.

¡Qué filosófico eso de llamar pesares á los pesos de plata! Los pobres, por lo visto, somos muy felices, pues raras veces nos cae encima tales pesares.

A los viejos los dicen *viernes*; á los bobos, *Bogotanos*; á los feos, *Federicos*; á los locos, *Leocadios*; á las bonitas, *Bonifacias*; y aquí debe subir de punto la sorpresa del lector: por chato hemos oído decir *Chateaubriand*.” (“Caprichos del lenguaje”, 1890)

2 “-Hola! Chico, ¿sabes que tenemos á Flammarión en América?

-¿El célebre astrónomo?

-El mismo. Ha llegado ya á ... ¿cómo se llama esta comarca ó Estado á que pertenece Mérida?....

-¡Vaya una pregunta! Pues la Cordillera ó Estado Los Andes.

-Si no hablo de Venezuela.

-Ah! Extremadura de España.

-Tampoco. Es Mérida de Méjico... Es particular, tengo el nombre en la punta de la lengua: es una cosa así como Leviatán... Cordobán... Termina en *an*, no hay duda.

El otro poco versado en la geografía de Méjico, empieza a citar voces á diestra y siniestra, tomando por pie la terminación que se le ha dado.

-Tulipán!

-No.

El autor también censura *el uso de muletillas o frases muy repetidas*. De este modo, algunas de sus observaciones se refieren a la informatividad: la claridad, la proporción y la pertinencia de la información. Esto recuerda el *Principio de Cooperación* de Grice (1975), en sus máximas de *cantidad* y *calidad*. También para Febres Cordero es relevante y necesaria la *manera*, es decir, la coherencia estilística entre los interlocutores.

Así, el escritor enfatiza cómo el lenguaje formal no siempre es bienvenido en la conversación, sobre todo en la coloquial, independientemente de la importancia o trascendencia del tema en discusión y de la familiaridad o confianza con que se trate a los interlocutores. No debe saturarse con un lenguaje muy técnico una conversación entre amigos, pues esto no solo es innecesario, sino que puede causar incomodidad en los oyentes:

Consiste el *tecnicismo* en un celo extraordinario por la propiedad y acierto en el uso de los vocablos. El individuo dominado por este escrúpulo, es capaz hasta de dejar en suspenso la conversación por largo rato, mientras rebusca en la memoria el término propio, castizo y rigurosamente técnico. ¡Aquí la angustia de los oyentes! (“Enemigos de la conversación”, 1889)

Lo importante es mantener la tensión, y la búsqueda del vocablo justo amenaza con distenderla. Recordemos que lo que ocupa a Febres Cordero es la conversación de carácter informal, la cual no debería requerir de un lenguaje muy elaborado, sino más bien sencillo, respetando la pronunciación, la sintaxis y un vocabulario preciso; esto lleva al escritor a concluir lo siguiente:

Ningún lenguaje más apropiado entre amigos que el de la naturalidad y la franqueza [...] no es tolerable que se pretenda hacer de un trozo de conversación entre amigos [...] uno como discurso académico, rumiado con una lentitud que ataca los nervios y trabajado á martillo en las mismísimas orejas del auditorio.” (“Enemigos de la conversación”, 1889)

-Azafrán, Caimán...

-Tampoco.

-Tamerlán, Alquitrán... Indostaní... Popayán...

-Nada de eso. Si es una voz muy conocida entre nosotros, que se relaciona algo con el maíz.

-Ah! Será Cariaco, Mazorca, Jojoto, Yu...

-¡Yucatán! ese es el nombre. Bien decía yo que acababa en *an*.

-Oh! Entonces has debido decirme que tenía más de yuca que de maíz”. (“No hallar el término”, 1887)

En su afán de señalar la naturalidad como una virtud del conversador,³ el escritor flagela entonces la *exageración*. La exageración o intensificación es un recurso expresivo empleado por el emisor para causar impresión en los receptores. Aumentar el significado de una cosa, un hecho, o una acción, a través del uso y asociación con otras palabras con las que, en la mayoría de los casos, la cosa o el hecho o la acción no guarda semejanzas, llama poderosamente la atención del oyente (Briz, 1998). Ejemplos de exageración son frases como “llorar á mares” o “corría con la velocidad del relámpago”. Según Febres Cordero, la exageración se emplea generalmente en conversaciones informales y familiares, ya que se considera de mal gusto emplearla en conversaciones formales:

Que se manda á casa del vecino por esto ó por aquello: si el muchacho anda listo, decimos que es un relámpago, una exhalación, ha hecho el mandado en un abrir y cerrar de ojos, todo lo cual constituye la quinta esencia de la ligereza. Pero en tardándose siquiera algunos minuto, (sic) la lentitud de un morrocoy viene á ser prodigo de velocidad comparada con el andar del chico, para la exageración, se entiende, pues es cosa corriente decir en tales casos: ¡se estuvo años, siglos, y hasta eternidades! (“Exageración”, 1887)

El autor condena tanto la exageración en la palabra escrita como en los gestos, esta última la denomina *acción exagerada*. A este respecto, señala que

Algunos hay que, desde que empiezan á hablar, agarran á su interlocutor por la cadena del reloj ó por las solapas ó los botones de la levita, y tiran de estas partes más o menos recio, según el calor de las palabras. En este caso no queda más recurso que guardar silencio, para matar todo germen de acaloramiento y conseguir por este medio suavizar los tirones. Entran también en este género los que acostumbran refrendar sus dichos y conclusiones con golpes en las espaldas (sic) y en los hombros, ó bien, dando tremendas sacudidas al atribulado interlocutor. (“Exageración”, 1887)

5. OBSERVACIONES SOBRE EL TIPO DE TEXTO

Hoy en día se considera la conversación como un tipo de texto con características que la distinguen de otro tipo de discursos. Briz (1998, p. 42) adjudica a la conversación las siguientes características:

³ A este respecto, es útil consultar el artículo de Irvine (1998), centrado en el contraste que se da en los jefes, entre los articulados griots o bardos y los inarticulados nobles. Los nobles no podrían hablar ‘mejor’ ni más elegantemente a la manera de los griots, porque esto no los haría más nobles.

- una interlocución en presencia, conversación cara-a-cara;
- inmediata, actual (aquí y ahora);
- con toma de turno no predeterminada;
- dinámica, con alternancia de turnos inmediata, que favorece la mayor o menor tensión dialógica (la relación hablante-oyente es simultánea y/o sucesiva, es decir, supone una conversación más o menos prolongada, y no pares mínimos de intervenciones (rituales);
- cooperativa en relación con el tema conversación y la intervención del otro.

Ya en el siglo XIX, las observaciones de Febres Cordero están relacionadas con la conversación como tipo de texto. El autor se centra en dos preocupaciones, la primera se refiere al silencio, la segunda, a la alternabilidad de los temas de conversación. Febres considera el silencio “un enemigo terrible, destructor e implacable” de la conversación. Esto está relacionado con el hecho de que la conversación pide, como tipo de texto, su construcción conjunta por los interlocutores. El que se mantenga el canal en funcionamiento es parte de lo requerido para conversar. Se trata, en la conversación, de mantener el interés; de ahí que el tema sea variable, porque el foco está en lo interpersonal y no en lo referencial. La conversación no pretende cubrir todos los aspectos de un tema, ni examinarlo en profundidad; podría decirse que el tema es subsidiario del canal, y que depende de lo que, en el momento, llame la atención de los participantes. Tusón Valls (1997, p. 69) así lo señala:

Vemos pues, que una de las características fundamentales de la conversación espontánea es su “indeterminación”. Ni el tema, ni el número de participantes, ni la distribución de los turnos de palabra, ni la duración de cada turno o de la misma conversación en su conjunto se especifican previamente (p. 69)

Febres Cordero también considera la *invariabilidad del tema* como otro “enemigo” de la conversación, y determine quizás la esencia de la misma:

Hay otros enemigos de la conversación, tales como la *invariabilidad del tema*, que es tan común como aficionados hay con alma, vida y corazón á determinados negocios; pero *afición excluyente*, por extremo, que no tolera ser interrumpida ni aun durante la conversación. No hay que olvidar este gran principio: en los temas de conversación, bien como en el gobierno de las repúblicas democráticas, la alternabilidad es una práctica recomendable por mil títulos. (“Enemigos de la conversación”, 1889)

Como puede apreciarse en el ejemplo anterior, la crítica de Febres Cordero se basa principalmente en que se contraviene una de las funciones de la

conversación, como es la preeminencia de su función fática; asimismo, el escritor merideño considera esencial la alternancia de los turnos. En efecto, en la conversación, los participantes se suceden, alternadamente, en sus funciones como emisor y receptor del mensaje; si esto no se da, entonces no estamos frente a una conversación, que requiere por lo mínimo de la participación de dos personas.

El autor reconoce el hecho de que el tema de una conversación no esté prefijado, lo que no excluye, sin embargo, que se respete el principio de *relevancia*, el cual contribuye a la coherencia textual. Es así como Febres se incendia en contra de la *digresión*, tan común en las conversaciones, especialmente en las que se mantienen con el grupo familiar, amigos o compañeros de trabajo:

¿Y qué diremos de las digresiones? Los que pecan por este lado tiene ocurrencias sublimes. Hay en sus conversaciones más entradas y salidas que en una vereda de campo. Cada palabra les trae un recuerdo, cada nombre de persona ó de lugar, una historia, recuerdos é historias que echan afuera con todo un cortejo de nuevas incidencias, y así, en sucesión interminable, van naciendo digresiones á porrillo, en tanto que el relato principal anda por los cerros de Ubeda. (“Enemigos de la conversación”, 1889)

6. OBSERVACIONES SOBRE CORTESÍA

Para el autor merideño, la conversación es una forma de comunicación oral a través de la cual el individuo interactúa con las demás personas y participa de la vida en sociedad. De aquí, la importancia del conocimiento y manejo adecuado de las normas que deben regir la conversación.

Aquí definimos la cortesía siguiendo a Álvarez (2005), quien la considera como un comportamiento verbal marcado del que los participantes son conscientes. Ambos participantes intentan enaltecer la imagen del otro, es decir, construirla favorablemente y, al mismo tiempo, saben que al hacerlo, enaltecen la suya propia. A través de la cortesía, los hablantes hacen algo más de lo que les exige su competencia social, esto es, lo que se considera apropiado en la comunidad de habla. Ello implica que el hablante llene las expectativas previas del oyente y que el oyente evalúe el enunciado como cortés (p. 55).

El *Manual de Urbanidad* de Carreño dedica varias páginas a la conversación como objeto de atención para las normas de cortesía. La

conversación, según este autor ([1884] 2001), “es el alma y el alimento de toda sociedad” y es sumamente delicada, por cuanto que “ella puede conducirnos a cada paso a situaciones difíciles y deslucidas” (p. 95), porque no es suficiente la intención de comunicarse sino que hay una manera especial de hacerlo para cuidar nuestra imagen. Carreño concede una importancia enorme a la conversación en este sentido:

Nada hay que revele más claramente la educación de una persona, que su conversación: el tono y las inflexiones de la voz, la manera de pronunciar, la elección de los términos, el juego de la fisonomía, los movimientos del cuerpo, y todas las demás circunstancias físicas y morales que acompañan la enunciación de las ideas, dan a conocer, desde luego, el grado de cultura y delicadeza de cada cual, desde la persona más vulgar hasta aquella que posee las más finas y elegantes maneras. (*Ibidem*)

El autor del *Manual* establece que las características deseables en la conversación son también las que se piden, en general, para la conducta en sociedad: benevolencia, afabilidad y dulzura (p. 96). Como medio de información, debe también evadirse todo lo conflictivo, de modo que no debe perderse la tranquilidad del ánimo, ni debe entrarse en discusiones de ningún tipo (p. 97). Carreño pide mantener los turnos y por ello le molestan las intervenciones demasiado largas (p. 23). El tono “enfático, acompasado y cadencioso” es molesto (p. 103), porque, según el *Manual*, importa el fluir de la conversación en un ritmo del *allegro*; eso debe conservarse a toda costa y es el dueño de casa quien debe velar por la felicidad de este concierto. El lenguaje, para Carreño, requiere de la expresión sencilla, de cláusulas hiladas entre sí, y de la información concisa y concreta (p. 101). Asimismo, propone restricciones en cuanto al estilo, que deberá ser llano, sencillo y adecuado a la capacidad de los demás interlocutores; aquí también prevalece el interés común (p. 102). El mismo autor dedica también atención a los gestos, generadores de coherencia discursiva.

Febres Cordero tiene una opinión a semejante a la de Carreño: el personalismo y el exclusivismo, que están relacionados con la construcción de la imagen de los hablantes, son enemigos capitales de la conversación. Esta crítica se fundamenta sobre todo en el principio de cortesía, el cual castiga la constitución del sujeto de la enunciación como tema. En la conversación cortés, el sujeto se oculta, se disminuye a favor de su interlocutor. Por ello, según Febres Cordero, el personalismo consiste

en aquella especie de manía autobiográfica que se manifiesta en algunos que quieren que todo el mundo sepa cuanto les pasa, y relatan, por supuesto, hasta los sueños y todo lo que han hecho y piensan hacer, suponiendo al paciente auditorio tan interesado en el relato, que no quieren privarle del más leve incidente de lugar, de modo ó de tiempo. (“Enemigos de la conversación”, 1889)

Febres Cordero opina que, a la hora de entablar una conversación, deben considerarse las personas que participan del acto comunicativo. En opinión del autor, el hecho de que un individuo centre la conversación en su vida es descortés y de muy mala educación; el exclusivismo, por su parte, está representado por aquellos sujetos que

sostienen y alegan la supremacía en todo. Si se trata de peligros, ellos han corrido los mayores que puede imaginarse. Acogen con sonrisas y palabras desdeñosas cuanto escuchan, y en seguida disparan contra sus oyentes un relato personal heroico y sorprendente. (“Enemigos de la conversación”, 1889)

La crítica sigue siendo básicamente la misma –la descortesía– ya que el receptor utiliza la sonrisa para crear incomodidad a la persona que habla y emplea expresiones desdeñosas. En pocas palabras, viola la norma de cortesía que prescribe la protección de la imagen del interlocutor.

7. CONCLUSIONES

En Venezuela, después de la separación política de España, surge una inquietud por establecer normas sociales desde todos los ámbitos. En las primeras décadas del siglo XIX aparecen las primeras constituciones, los primeros catecismos y también los primeros manuales de urbanidad: Bello, con su *Gramática para el uso de los americanos*, regula las normas del lenguaje; Carreño se ocupa de las normas sociales, la mayoría de las cuales se fundamentan en la lengua, porque la vida en sociedad está conformada por una serie de instituciones basadas en el lenguaje. No era de extrañar entonces que, desde Mérida, Febres Cordero iniciara la cruzada de la civilización en un diario local.

Tanto Febres Cordero como Carreño comprenden que el lenguaje juega un papel en la comprensión y en la construcción del mundo; según Halliday (1975: 148), la experiencia que el hablante tiene del mundo real, pero también

en la estructuración de la experiencia por parte del lenguaje. (p. 148). Los dos venezolanos no están lejos de la idea de que “el Lenguaje [...] no solo refiere a la experiencia adquirida mayormente sin su ayuda, sino que en realidad la define para nosotros” (Sapir, 1931, p. 83), una idea que parece revivir en las nuevas corrientes del análisis discursivo.

El análisis crítico del discurso ha evidenciado la correlación entre las diferentes maneras de expresarse de los sujetos y la forma en que los grupos sociales buscan diferenciarse, a partir de los valores morales, las posturas políticas, los prejuicios y las costumbres que los caracterizan. Por ello también los juicios acerca de la forma “correcta” o incorrecta de hablar están sujetos no solo al conocimiento de las normas gramaticales de la lengua, sino también al manejo adecuado de las representaciones y prácticas sociales de un determinado grupo, en un momento dado. Estas representaciones y prácticas a su vez tienen la capacidad no solo de ser un espejo de la sociedad, sino también de organizarla y de dividirla en grupos (Fairclough, 1995).

Febres Cordero, en *El lápiz*, y Carreño, en su *Manual*, pese a sus observaciones sobre las interrelaciones entre la sociedad y el lenguaje, no las emplean para “descubrir” los contenidos implícitos, ni para develar ideologías, como lo hace el análisis crítico del discurso. Su intención es precisamente lo contrario, pues quieren establecer la norma, la conducta discursiva de los hablantes venezolanos en los temas que podrían resultar comprometedores en sociedad o poner en peligro la unidad de la lengua. En Mérida, a través de la prensa, Febres Cordero emprende una labor de planificación en lo que concierne al cultivo de la lengua. Esto no es obstáculo para que el autor prosiga su acérrima crítica a la Real Academia, cuando afirma que esta institución no le hace justicia al acervo de voces indígenas que ha pasado a formar parte de la lengua española. Su crítica, sin embargo, no es contra el purismo, sino contra las políticas lingüísticas europeo céntricas.

La atención de Febres Cordero en lo discursivo se centra en la conversación y, sobre todo, en el estilo, el tipo de texto y la cortesía. Es importante señalar que el escritor observa tempranamente cómo la alternancia de los temas de conversación y de los turnos de habla son características esenciales de este tipo de texto. De acuerdo con las observaciones hechas por el escritor sobre el comportamiento de los hablantes merideños de finales del siglo XIX, la conversación familiar se caracteriza por ser espontánea e informal.

También de los textos del merideño aflora la idea de que, aun cuando los hablantes se sienten más relajados en el ambiente familiar, es necesario observar algunas normas para lograr una comunicación efectiva. Según Febres Cordero, estas normas deben ser el respeto, la consideración, y la cordialidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, A. (2005). *Cortésia y descortésia. Teoría y praxis de un sistema de significación*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- BEINHAUER, W. (1991). *El español coloquial*. Madrid: Gredos.
- BELLO, A. ([1847] 1972). *Gramática*. Caracas: Ministerio de Educación.
- BRIZ, A. (1998). *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatogramática*. Barcelona: Ariel.
- BROWN, P. Y LEVINSON, S. C. (1987). *Politeness: Some universals in language usage*. Cambridge: University Press.
- CARREÑO, M. ([1884] 2001). *El Manual de Carreño*. Caracas: El Nacional.
- CRiado DE VAL, M. (1980). *Estructura general del coloquio*. Madrid: SGEL.
- FAIRCLOUGH, N. (1995). *Critical discourse analysis: The critical study of language*. London: Longman.
- GOFFMAN, E. (1967). *Interaction ritual*. New York: Pantheon Books.
- GRICE, H. (1975). Logic and conversation. En P. Cole, *Pragmatics*. New York: Academic Press.
- FAIRCLOUGH, N. (1995). *Critical discourse analysis*. London: Longman.
- HALLIDAY, M. A. K. (1975). Estructura y función del lenguaje. En J. Lyons (ed.), *Nuevos horizontes en la lingüística*. Madrid: Alianza.
- IRVINE, J. (1998). Ideologies of honorific language. En B. Schieffelin, K. Woolard y P. Koskriety (eds.), *Language ideologies. Practice and theory*. Oxford: Oxford University Press.
- SACKS, H., SCHEGLOFF, E. Y JEFFERSON, G. (1974). A simplest systematics for the organization of turn-taking in conversation. *Language*, 50, 696-735.
- SAPIR, E. 1931. Conceptual categories in primitive languages. *Science*, 74, 578.
- TUSÓN VALLS, A. (1997). *Análisis de la conversación*. Barcelona: Ariel.

ARTÍCULOS DE TULIO FEBRES CORDERO

1887. "No hallar el término". *El Lápiz*. 24/ 01/ 1887. Mérida, Venezuela.
1887. "Exageración". *El Lápiz*. 24/ 01/ 1887. Mérida, Venezuela.
1889. "Enemigos de la conversación". *El Lápiz*. 14/ 05/ 1889. Mérida, Venezuela.
1890. "Caprichos del lenguaje". *El Lápiz*. 05/ 03/ 1890. Mérida, Venezuela.